

Provenza, como la capital de la heterodoxia. Cinco obispados se alzaban en las tierras lombardas. Venecia, Ferrara, Florencia, Prato los alojaban en tanto número que concebían la idea de arrojar á los católicos ortodoxos y prohibirles ingreso en su recinto. Bien es verdad que á la cabeza de todo este movimiento se hallaba un hombre, el conde Raimundo VI, que con solo exhibir la lista de sus títulos, exhibía las razones potísimas de su influencia. Llamábase Duque de Narbona, Marqués de Provenza, Conde de Tolosa, y llamándose así, demostraba bien á las claras el influjo que podía tener quien dominaba en tierras de tanta cultura intelectual y de tan admirable posición geográfica; escuelas de los sabios, cortes de los trovadores, puertos de todas las naves del mundo, descansos de las caravanas judías, pegadas á Cataluña como si las dos regiones representaran los órganos pares de la civilización universal; en comunicación perpetua con Italia, á la cual se asemejan por sus cielos bañados de luz y sus costas recortadas en admirables líneas; influyentes y poderosas sobre Francia, de la que eran el jardín, el templo y la academia: teatro aparejado, no solo á las canciones y al amor, sino también al pensamiento y á sus legendarios combates.

No era necesario tener una monarquía extensa para ejercer una influencia poderosa. Cincuenta ciudades, y muchos populosos burgos, prestaban acatamiento al conde Raimundo VI. Ciento diez castellanos recibían de él sus castillos en feudo; las damas que presidían los torneos y las cortes de amor, todas sabedoras y expertas en materias religiosas y literarias, formaban como guirnaldas de su corte; multitud de caballeros, tan hábiles en esgrimir la espada como en pulsar el laud, seguíanle dispuestos á recoger la partesana y la copa, á empuñar el halcón ó el estoque, á beber sangre ó vino; cortesanos, venidos de todas las regiones, y á quienes solo se les preguntaba por su gracia y por su talento, aumentaban la cultura intelectual y extendían el comercio de las ideas al par que regocijaban las fiestas y enardecían las pasiones en aquella tierra voluptuosa, llena á la sazón de inspiraciones varias que animaban una eterna poesía. Nada, sin embargo, más ligero, más tornadizo, más sensual, más pedantesco que todas estas gentes por todo este tiempo. La bella condesa Ermengarda sostenía, en sentencia solemnemente publicada, que el marido divorciado podía muy bien ser amante de la mujer propia, cuando

esta se hubiera casado con otro. Eleonora de Bullenna aseguraba que el amor no podía existir entre esposos. En medio de todo esto imaginaos lo que sería el conde Raimundo; dominador de tierras que convirtiera en serralllos, rico en oro que consagrara al placer, de corazón abierto á todas las pasiones, de inteligencia poseída por la contradicción y el dualismo oriental, más escéptico que creyente, amigo de los herejes por sus inclinaciones, y sin resolverse contra el Papa por temor á un castigo que hubiera enturbiado sus regocijos y distraído de sus amores y de sus fiestas. Jefe verdadero en el fondo de la doctrina herética, no lo aparecía en la forma; como incierto en sus decisiones, tornadizo y cambiante en sus ideas, dispuesto siempre á procurarse el placer hasta en medio de las batallas. No era, no, tan resuelto, tan creyente, tan franco, tan leal como el conde de Foix y el mismo de Beziers, los cuales abrazaban la herejía con el ardor de quien abraza una nueva religión y le ofrece desde la libertad hasta la vida. Todos estos maniqueos, medio judíos y medio árabes, magos persas con puntas y ribetes de cristianos místicos, adoradores de una doctrina incierta y flotante, tenían frente de sí á un hombre como Inocencio III, el cual personificaba un dogma ya completamente definido, una disciplina ya completamente arraigada, una Iglesia ya triunfante, la unidad en la idea, la unidad en la acción, la unidad en el poder, mantenidas todas estas unidades por un sentimiento vivísimo del derecho digno de la antigua Roma y por un predominio sobre los reyes como no lo habían tenido jamás ni Alejandro III ni Gregorio VII en el auge de su poder y en el zenit de su soberanía. La batalla debía ser, pues, suprema y terrible.

Lo primero que hizo Inocencio III fué condenar la herejía con aquella fuerza de lógica y aquella vehemencia de palabra que tanto distinguían su temperamento; y lo segundo enviar delegados como Pedro de Castelnau y Rodolfo, monjes de las órdenes más adictas á la Santa Sede, para que moviesen las potestades civiles contra las tendencias espirituales que se apartaban del seno de la Iglesia. Los legados, escogidos por el Papa, y representantes de la autoridad pontificia, no podían contrastar la mala opinión que su convento de Citeaux alcanzaba en todo el Mediodía de Francia, por creerlo duro, intolerante, cruelísimo al par que sensual, voluptuoso y epicúreo. Un día que

estos monjes abandonaban sus cómodos claustros para dirigirse á combatir la herejía en una especie de legion asistida por toda clase de comodidades, y relumbrante de opulencia, detuviéronlos un prelado español y un monje, obispo aquel de Osma y conocido este con el nombre célebre de Domingo de Guzman, los cuales iban al mismo destino, pero como se debe ir á las cruzadas espiritualistas, vestidos de sayal, descalzos los piés, pegado el cilicio á las carnes, despidiendo de los ojos febriles y de las manos huesosas los efluvios de un misticismo exaltado y solo asequible á la soledad, á la maceracion y á la penitencia.

En efecto, pocos hombres han dejado en la historia y en el mundo las huellas que el español Santo Domingo de Guzman. El fundador de la Inquisicion, el que diera su nombre á este terrible tribunal de venganzas, aparece en la historia como un modelo perfecto de abnegacion y de caridad inenarrables. Ningun dolor humano se presentaba ante sus ojos, sin que cayese en seguida sobre su corazon como un propio dolor. Rico, valeroso, noble, todas las ventajas que procuran la cuna, la gloria, el oro, cambiábalas de grado por la satisfaccion de hacer bien. Ya jóven, estudiando en Palencia, se arruinó por acorrer á los enfermos de una terrible peste. Entró en la órden de San Agustin reformada por el obispo de Osma, sin mas objeto que abrazar su austerísima severidad, y todavía fundó otra mas severa, con expreso encargo de predicar la religion así por la elocuencia de la palabra como por la santidad del ejemplo. Pocos hombres hubieran hecho lo que hizo Santo Domingo de Guzman: permanecer como un monje de la Tebaida, ayuno, casto, macerado, penitente en medio de aquella Provenza, que era como una orgía perpetua, tentadora y en sus tentaciones invencible. Comprendiendo que el interés debía en alguna parte y en alguna medida mezclarse á las ideas, malbarató todos sus bienes, tan solo para tener recursos con que comprar almas al diablo. Cuando ya lo hubo perdido todo, agotado todo, puesto todo en manos de unos y de otros, como le dijera una pobre mujer albigense que si de la secta se retiraba, quedaria completamente arruinada, quiso venderse como esclavo, tan solo para rescatar aquella pobre alma. Las gentes imaginaban que Santo Domingo se mantenía por medios sobrenaturales, puesto que se sustentaba casi del aire, y apenas dormía en aquellas sus noches entregadas completa-

mente á meditaciones y á plegarias. Así él era querido del pueblo, aun de sus mismos enemigos, mientras era odiado Pedro de Castelnau, violento en sus palabras y mas violento aun, por inclinaciones de un natural irremediable, en su proceder y en sus obras. Así, como quiera que un dia insultara gravemente á Raimundo VI, un criado de este, que oyó tales palabras, juró vengarlas y le partió el corazon de una puñalada. Imaginaos cómo sentiria esta herida, en sus propias entrañas abierta, el orgulloso Inocencio. La guerra, pues, iba á ser verdaderamente terrible.

Lo que mas indignaba á un hombre de la decision de Inocencio III era la indecision de Raimundo VI. Aun le perdonara mejor la herejía franca que la doblez, el disimulo y la incertidumbre. Formábale allá en su corte un proceso y sentía mas encontrarlo débil que encontrarlo heterodoxo. Aunque jamás fué Raimundo un hereje declarado y franco, decia que deseaba educar á sus hijos en la heterodoxia; y daba cien marcos de plata á aquel de sus caballeros capaz de abrazar la nueva creencia; y si recibia cualquier regalo de los herejes, guardábalo como el mejor de los presentes que pudieran enviarle en el mundo; y si los encontraba á solas, demandábales su santa bendicion; y si le pasaba cualquier caso adverso, atribuía el origen de nuestro planeta al diablo; y por las noches se recataba de todo el mundo y se iba disfrazado á oír las predicaciones albigenses; y obligaba á sus bufones á que caricaturaran la misa en farsas indecentes; y despreciaba el matrimonio hasta el punto de despedir á sus mujeres cuando le cansaban y de tener como un musulman su serrallo; imputaciones todas concebidas en los ardores de la guerra y exageradas por la supersticion y el fanatismo.

Ya puede imaginarse cuánto seria el horror de Inocencio III al asesinato de su delegado por obra de este hombre y cómo suscitaria en su contra las potestades todas del cielo y de la tierra. No le bastaba con arrancar al emperador sus rayos y fulminarlos contra la cabeza del protervo; no le bastaba con pedir á Dios todas las llamas que Dios puede despedir en sus furores; no le bastaba con volverse indignado hácia las cuatro partes del horizonte para ver si los ángeles exterminadores, descritos en el Apocalipsis, venian á sus conjuros y perpetraban el exterminio de los herejes; si vicario de Cristo, rey de reyes, á los cuales trataba como un padre celoso á sus hijos en la menor edad,

exigia de los tribunales sentencias, de los poderes públicos fuerza, de los ejércitos armas, de los verdugos muerte para desarraigar la herejía y perder en este mundo y en el otro á todos los herejes. Así Raimundo VI tembló; y á pesar de contar con un ejército, cedió, porque la autoridad pontificia, que lo tenia ya anatematizado por lo que llamaba sus crímenes, lo excomulga por sospechoso de complicidad en la muerte de su legado. Y alza el juramento á sus vasallos, y pone en absoluto entredicho su reino, y conjura á los ejércitos para que talen sus tierras y á los reyes para que conquisten sus ciudades, y declara que no debe guardarse fe con ninguno que no la guarde al Dios vivo y á sus vicarios y representantes sobre la tierra. Raimundo VI comprendió que no podía habérselas con poder tan fuerte; y trató de captarse la amistad y la benevolencia pontificia, sometiéndose á un sínodo ó tribunal eclesiástico, á quien le arrancó una absolucion tristemente alcanzada á costa de humillaciones sin número, como presentarse desnudo en la iglesia, someterse á que lo azotaran con espinos, y jurar obediencia ciega y constante á la santa Iglesia católica; no sin darle en prenda, como seguro de su palabra empeñada, la vida y la persona de su hijo.

¡Inútiles humillaciones! La mas amarga le quedaba por devorar todavía en su irreparable desgracia. Despues de haberle azotado, escupido, puesto en la picota de una iglesia, pasado ante la tumba de Pedro de Castelnau, obligáronle á tomar públicamente el mando de la cruzada contra los herejes, á quienes queria en secreto, y á pagar con su propio oro y con su propia sangre la ruina de los suyos y la exaltacion de sus eternos é implacables enemigos. El primer amenazado fué el señor de Beziers. A la voz del Papa se reunió la cruzada y se empezó la irrupcion del condado, herido por los anatemas pontificios, y de su poderosa capitalidad. Innumerables tiendas la rodeaban. Numerosos obispos-generales dirigian huestes á las que exaltaba la esperanza de mayor premio en este y en el otro mundo. El duque de Borgoña, cuya corona ducal eclipsaba hasta las coronas imperiales y cuya dinastía se asentaba en el trono de Portugal y de Castilla, dirigia tambien numeroso y aguerrido ejército. Tropas de aquellos suizos, que cuatro siglos mas tarde lucharían tan porfiadamente por la reforma; caballeros del centro de Francia; muchos alemanes formaban parte tambien de este poderosísimo ejército sus-

citado por la autoridad pontificia que tocaba entonces en el zenit de su poder y de su gloria.

Pero el jefe de todos, quien personificaba la guerra en su crueldad nativa, en su fe ardiente, en su valor heróico, en su tenacidad incontrastable ¡oh! era Simon de Monfort, cuyo nombre todavía dura en la memoria humana y cuya huella de sangre y desolacion todavía no se ha borrado tras seis siglos en el Mediodía de Francia. Terribles verdaderamente estos condes de Monfort, parecidos por el horror hereditario, que á su nombre y á su familia se unen, parecidos á los Atridas y á tantos otros feroces personajes que han dado asuntos dolorosos á la leyenda y á la tragedia. Creíanse descendientes directos de Cárlo-Magno, y por ende, con mas derecho al trono de Francia que los humildes Capetos. Enlazábanse, por razon de su madre, con las dinastías de Inglaterra. Su abuela Bertrada dejó el lecho de su marido, un conde de Anjou, para irse al lecho de Felipe I, Rey de Francia, con ánimo de envenenar á sus hijastros, y recabar la corona francesa para sus hijos. Un Monfort combatió por los municipios británicos, abriéndoles con su espada las puertas del Parlamento y formando casi esa Cámara de los Comunes, que tanta gloria y tanta libertad ha dado á su patria. Pero favorecido por la fortuna, vencedor en los campos de batalla, dueño del monarca, propietario un momento de la monarquía inglesa, congregáronse á una contra él todas las adversidades juntas y perdió el poder y la vida. Mas no se quedó sin venganza. Su hijo paseaba cierto dia por las ciudades de Italia, cuando se encontró á un sobrino del Rey de Inglaterra, del enemigo de su padre. Entraba el jóven príncipe inglés en un templo, y hubiérase creído que le preservaria de un atentado la santidad del lugar y el fervor con que rezaba. Pero el Monfort, cegado por sus pasiones, no atendia, no, á ninguna consideracion humana, tomado del vértigo de la venganza. Así entró en la iglesia, desenvainó su estoque, y atravesó al príncipe de parte á parte, al pié mismo del altar. Y como le dijeran, al verlo salir, unos caballeros, que á su padre lo habian arrastrado en Inglaterra, volvióse atrás, cogió el cadáver por la cabellera y lo arrastró desde la iglesia á la plaza. ¡Trágica y siniestra familia!

Simon de Monfort se habia educado en las tempestuosas espirales de estas grandes pasiones. Mucho debe endurecer el corazon oír á todas horas